

ADMINISTRACION JENERAL,
CALLE DE BUENOS-AYRES NÚM. 207.

Este diario se publica por la IMPRENTA
SU NOMBRE, establecida en la calle de
Buenos-Ayres número 207.—La suscripción DOS
PESOS al mes y TRES PESOS para la
Entrega de la Union. La suscripción se PAGA ADE-
LANTADA en ambas partes.

EL ORDEN.

ÓRGANO DEL PARTIDO DE LA DEFENSA.



AGENCIAS DE ESTE DIARIO.

Se reciben suscripciones en su adminis-
tracion, en la Libreria Nueva calle de 25 de mayo
número 207, en la Libreria Argentina del Sr.
Barra, calle de las Cámaras número 92, y en la
Libreria de la casa Rosa Bouret y Cia, de Paris,
calle del 25 de Mayo número 250 y 252. Los que
quieran suscribir en su oficina calle de Buenos
Ayres número 207.

ULTIMAS FECHAS.

OMNIBUS DE LA UNION.

CORREOS Y DILIGENCIAS PARA EL INTERIOR.

ALMANAQUE.

EFEIMER. Y ANIVERSARIOS.

EUROPA.	AMERICA.
BRUSÉLAS. 9. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	NUEVA YORK. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.
LONDRES. 9. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	BATIMORE. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.
PARIS. 9. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	BOSTON. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.
BERLIN. 9. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	HAJANA. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.
VIENNA. 9. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	LA PLATA. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.
MADRID. 9. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	BUENOS AYRES. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.

Salida de la UNION —por la mañana a las
6, 7, 8, 9, 10 y 11—A la tarde—3, 4, 5, 6 y 7.
Salida de Montevideo, por la mañana a las 7,
8, 9, 10, 11 y 12—A la tarde—3, 4, 5, 6 y 7.
Los boletines se venden en la Union en el li-
tel de D. Benjamín Pérez, Montevideo, Café
de Mr. Lander, plaza de la Independencia. Se
recibe correspondencia para ambos puntos li-
bre de costo en dichas oficinas.

CORREOS.—Salen el 1.º y 16 de cada mes: regresan el 11 y 26. Las bajías se cierran
en la Administración de Correos en la noche del día anterior a su salida.
DILIGENCIAS.—PARA MINAS.—Sale de Montevideo los viernes a las seis de la mañana,
y de Minas los lunes a igual hora: capacidad para ocho personas, pudiendo llevarse una
arropa de peso. —PARA SAN JOSÉ.—Sale de Montevideo los jueves a las 6 de la mañana, id.
de San José, los lunes a las 5 de la mañana. En su tránsito, se detiene media hora en las
Piedras y San Juan Bautista (Santa Lucía). La diligencia tiene asiento para 12 personas.—
PARA CAMELONES.—Sale de Montevideo los miércoles y sábados a las seis de la mañana,
de Canelones los lunes y viernes a las mismas horas de la mañana; en su tránsito, se detiene
media hora en las Piedras. Tiene capacidad para doce personas, pudiendo llevarse una
arropa de peso. Agencia Plaza de la Constitución, almorcen de la Mariposa.

Hoy sábado 25.—Santos Sebastián, Apri-
cio y Ceferino.—El 12 a las 5 horas y 32 mi-
nutos, se pone a las 6 horas y 35 minutos.
Cuarto creciente el 1, 3 las 6 horas y 52 mi-
nutos de la tarde. Luna llena el 12, 3 las 11
horas y 12 minutos de la noche. Cuarto men-
guante el 20, 3 las 7 horas y 0 minutos de la
mañana. Luna nueva el 27, 3 las 0 horas y
51 minutos de la mañana.

FEBRERO 3 de 1897.—Toma de esta plaza
por asalto por las tropas inglesas.
16 de 1813.—Fue sitiada esta plaza por un
ejército del dictador Rosas, a las órdenes de
D. Manuel O'Donnell.
20 de 1827.—Victoria del ejército de la Re-
publica al mando del general Alvear en la
Luzungo.
24 de 1815.—Las tropas de Buenos Ayres
evacuaron esta plaza y la ocupan los Orientales.
22 Aniversario del nacimiento de Washing-
ton.

ESTERIOR.

BUENOS AYRES.

La Vindicta pública.

Há aquí una palabra que repiten todos
los días ante los tribunales y en la prensa
periódica, los abogados y los publicistas, y
contra la cual hemos protestado siempre.
¿Qué quiere decir vindicta pública?
Vindicta quiere decir venganza.
Así, cuando se dice que la vindicta pú-
blica pide la cabeza de un hombre, se dice
que la venganza popular quiere sangro pa-
naplacarse, y que es preciso inmolarse en
un altar una víctima propiciatoria.
La idea de venganza es elucida la idea de
justicia.

La sociedad no se venga jamás, y si lo
hace alguna vez, comete una injusticia,
porque su golpe caiga sobre la cabeza de
un criminal.

Por eso, al tomar parte en una cuestión
de hoy del dominio de la propiedad,
apoyamos por protestar contra esas bár-
baras palabras de vindicta pública, que no
sino para pervertir las ideas, y pa-
ra confundir las nociones de lo justo y de lo
injusto.

Abamos de la causa de Antonino Re-
yes, y lo que con este motivo se
ha escrito en estos días anteriores, nos au-
toriza y habilita para tomar la palabra
en este asunto y decir francamente lo que
creamos sobre él.

Al proceder así, no es que creamos que
el escritor público tenga el derecho de in-
terponer el testimonio de la opinión pública,
apoyándose en ella como en una ley sobera-
na, usurpar el lugar del juez, pronun-
ciando la sentencia de un acusado, desde lo
alto de su tribunal irresponsable; no; el
escritor público no tiene tal derecho.

Pudiera reconocerse tal derecho en el
tribunal todo, sin que de ello resultase ma-
yor peligro. Atonas estuvo en posesión del
derecho de ostracismo por el espacio de
cientos de años, y en tan largo transcurso
de tiempo solo cometió una injusticia,—el
ostracismo de Aristides—que fué reparado
bien pronto. Los Estados Unidos están en
posesión de una ley consuetudinaria
que se llama la ley Lynch, que auto-
riza al pueblo para hacer morir al juez que
separara, y en el espacio de setenta años
no está en ejercicio, no hay ejemplo de
que se haya cometido una injusticia, ha-
biéndose aplicado la ley en algunas ocasio-
nes.

El jurado no es otra cosa que la opinión
pública convertida en juez, y pronunciando
el fallo con arreglo a su conciencia for-
mada en presencia de los hechos.

Decimos todo esto para demostrar, que
el escritor público no puede hablar ni en
nombre del juez ni en nombre de la opi-
nión, no es porque no tenga el derecho de
testimonio sobre los actos del primero, ni por-
que deba cerrarse el oído a la voz robusta
del pueblo, que como se ha dicho tantas ve-
ces es la voz del cielo sobre la tierra, sino
porque su misión es más alta y más honro-
sa, que la misión del juez que absuelve o
condena, o la misión de la opinión pública,
que señala con su índice implacable la ca-
beza del criminal o del inocente.

La misión del escritor público, en asun-
tos como el que nos ocupa, es examinar
los actos del poder judicial, como que es
uno de los tres altos poderes sobre el cual
puede ejercerse el derecho de censura ba-
jo el amparo de la libertad de la prensa.

La misión del escritor público es exami-
nar las piezas judiciales que forman parte
de un proceso, sea que ellas provengan del
juez o de las partes o sea que hayan sido
publicadas por vía de la palabra hablada o
de la palabra impresa, porque todo lo que
es del dominio de la publicidad, lo es del
dominio de la libertad de la prensa.

La misión de la prensa es compulsar con
imparcialidad los hechos de que los tribu-
nales se ocupen, o que se hagan valer ante
ellos, no precisamente para arrogarse la
misión del juez, sino para ilustrar a la opi-
nión cuando se extravía, o enderezar la
vara de la justicia cuando se tuerce.

La misión del escritor público es tomar
parte activa en el debate de las doctrinas
de derecho público, civil o criminal, que se
ventilan ante los tribunales, trayéndolas al
terreno neutro de la discusión pública, y
derramando sobre ellas la luz de la filosofía
y del criterio.

Así se hizo en Francia mientras los tri-
bunales se ocupaban de los ruidosos proce-
sos de Madame Lafargue y del Padre Lot-
herie, en que, antes de pronunciarse, ya
la prensa se había apoderado de estos di-
versos tópicos de discusión, y los había dis-
cutido, tanto del punto de vista de las ga-
rantías, cuanto del punto de vista de la
ilustración del público.

Otro tanto, toca hacer a la prensa de
Buenos Aires en la causa de Antonino Re-
yes, porque en ella, además de las consi-
deraciones espuestas, está relacionada con
una gran cuestión histórica, política y so-
cial que lo impone este austero deber.

Entremos al fondo del asunto.

En virtud de que ley se halla Antonino
Reyes ante los tribunales?

En virtud de aquella ley suprema que
castiga los crímenes atroces y declara que
el asesinato no prescribe jamás.

Es criminal Antonino Reyes?

El resultado del proceso lo dirá.

No nos toca a nosotros juzgar ni prejuz-
gar.

Reyes está acusado por hechos de publi-
cación notoria, y a la vez de todo un pue-
blo deponiendo contra él se ha unido la voz
de los testigos que han declarado ante los
tribunales, y por eso se halla comprendido
en el juicio de los criminales famosos, que
a la sombra de la bárbara tiranía conculca-
ron las leyes divinas y humanas.

Esto basta para autorizar el juicio, que
es hasta hoy de lo único que se trata.

No es, pues, la vindicta pública la que ha
llevado a Reyes al pie de los tribunales,
sentándolo en el banco de los acusados, si-
no la justicia humana que en ademan se-

es la voz del cielo sobre la tierra, sino
porque su misión es más alta y más honro-
sa, que la misión del juez que absuelve o
condena, o la misión de la opinión pública,
que señala con su índice implacable la ca-
beza del criminal o del inocente.

La misión del escritor público, en asun-
tos como el que nos ocupa, es examinar
los actos del poder judicial, como que es
uno de los tres altos poderes sobre el cual
puede ejercerse el derecho de censura ba-
jo el amparo de la libertad de la prensa.

La misión del escritor público es exami-
nar las piezas judiciales que forman parte
de un proceso, sea que ellas provengan del
juez o de las partes o sea que hayan sido
publicadas por vía de la palabra hablada o
de la palabra impresa, porque todo lo que
es del dominio de la publicidad, lo es del
dominio de la libertad de la prensa.

La misión de la prensa es compulsar con
imparcialidad los hechos de que los tribu-
nales se ocupen, o que se hagan valer ante
ellos, no precisamente para arrogarse la
misión del juez, sino para ilustrar a la opi-
nión cuando se extravía, o enderezar la
vara de la justicia cuando se tuerce.

La misión del escritor público es tomar
parte activa en el debate de las doctrinas
de derecho público, civil o criminal, que se
ventilan ante los tribunales, trayéndolas al
terreno neutro de la discusión pública, y
derramando sobre ellas la luz de la filosofía
y del criterio.

Así se hizo en Francia mientras los tri-
bunales se ocupaban de los ruidosos proce-
sos de Madame Lafargue y del Padre Lot-
herie, en que, antes de pronunciarse, ya
la prensa se había apoderado de estos di-
versos tópicos de discusión, y los había dis-
cutido, tanto del punto de vista de las ga-
rantías, cuanto del punto de vista de la
ilustración del público.

Otro tanto, toca hacer a la prensa de
Buenos Aires en la causa de Antonino Re-
yes, porque en ella, además de las consi-
deraciones espuestas, está relacionada con
una gran cuestión histórica, política y so-
cial que lo impone este austero deber.

Entremos al fondo del asunto.

En virtud de que ley se halla Antonino
Reyes ante los tribunales?

En virtud de aquella ley suprema que
castiga los crímenes atroces y declara que
el asesinato no prescribe jamás.

Es criminal Antonino Reyes?

El resultado del proceso lo dirá.

No nos toca a nosotros juzgar ni prejuz-
gar.

Reyes está acusado por hechos de publi-
cación notoria, y a la vez de todo un pue-
blo deponiendo contra él se ha unido la voz
de los testigos que han declarado ante los
tribunales, y por eso se halla comprendido
en el juicio de los criminales famosos, que
a la sombra de la bárbara tiranía conculca-
ron las leyes divinas y humanas.

Esto basta para autorizar el juicio, que
es hasta hoy de lo único que se trata.

No es, pues, la vindicta pública la que ha
llevado a Reyes al pie de los tribunales,
sentándolo en el banco de los acusados, si-
no la justicia humana que en ademan se-

vero le pide cuenta de los actos cruentos
que han violado las leyes divinas y humanas
y de que ha sido partícipe o instrumento,
lo que lo coloca en el rango de los malhe-
chores comunes, y lo hace personalmente
responsable de ellos, mientras que no haga
valer en su desagravo haber caído a fuerza
irresistible o exhiba la orden por escrito,
emanada de autoridad competente que lo
exima de toda responsabilidad en dichos ac-
tos.

Esto resultará igualmente del proceso
que se sigue, y ojalá que para honor de
nuestra patria tuviésemos que contar un
criminal menos!

No es, pues, al instrumento de la tira-
nia de Rosas al que se juzga, no es al hom-
bre político, sino al hombre acusado de cri-
menes atroces que se halla bajo el dominio
de la ley, la cual no reconoce categorías,
ni hace distinción entre los crímenes comu-
nes cometidos con la investidura de un
carácter público o sin ella.

Así es como se juzga a Reyes.

Así es como el escritor público debe con-
siderarlo, tomando de la historia contem-
poránea tan solo aquellos hechos que sir-
van para poner de relieve esta situación
nueva y siniestra del acusado, que tanta
confusión de ideas ha originado, y que ha
hecho que se extravie tanto en la acusación
como en la defensa, así el Agente Fiscal,
como su abogado.

Establezcamos algunos antecedentes.

El sistema del terror, que ha sido el
gran resorte de la tiranía de Rosas, no fué
el resultado de la voluntad personal, sino
el resultado del fanatismo político, que no
reconociendo derecho alguno en el enemigo
venido lo inmolaba brutalmente en aras de
la venganza, de la vindicta del partido. De
este fanatismo brutal han adolecido todos
nuestros partidos, y la voz destemplada
que pide que se fusile a Reyes, no está
carente de esa pasión acerbada y tenaz que
ha inculcado, en los mas nobles corazones
el espectáculo desmoralizador de la guerra
civil y del degüello.

Sobre ese sentimiento feroz organizó Ro-
sas un sistema de terror, que de otro modo
hubiera sido imposible a haberle faltado el
concurso de las mil voluntades que se con-
stituyeron en ciegos ejecutores de sus man-
datos, exajerando sus mismas órdenes y
ejerciendo la tiranía por su cuenta en la es-
fera de acción que era propia a cada agen-
te.

En esto consistía la unidad de la tiranía
de Rosas; pues por lo demás, no ha existi-
do autoridad mas dividida, y por eso ha
durado veinte años.

Mas abajo de Rosas hacia trece casiques
en la Provincia, a los cuales le imprimía el
movimiento es verdad, pero dejándolos en
libertad sobre los medios de sistemar
la tiranía dentro de su círculo de acción.
Así se ve, que mientras algunos de esos
casiques no empleaban mas medio que el
degüello otros ceñaban mano de medios
menos sangrientos aunque no menos efica-
ces para imprimir el terror en todos los
corazones.

Esto por lo que respecta a las demás
Provincias.

de Facundo yace reclinado sobre su pon-
cho. La mas resuelta o mas astuta camina
adelante, vacila, se detiene, empujando las
que lo siguen, páranse todas sobrecojidas
de miedo; vuelven las públicas caras, se
alientan unas a otras, y deteniéndose,
avanzando tímidamente y empujándose en-
tre sí, llegan en fin a su presencia. Facundo
las recibe con bondad; las hace sentar en
torno suyo, las deja recobrar, se inquie-
re al fin el objeto de aquella agradable vi-
ta. Vienen a pedir por la vida de los oficia-
les del ejército que van a ser fusilados.
Los sollozos se escapan de entre la escudija
y tímida comitiva la sonrisa de la espe-
ranza brilla en algunos semblantes, y todas
las seducciones dedicadas de la mujer son
puestas en requisición para lograr el piado-
so fin que se han propuesto. Facundo está
vivamente interesado, y por entre la es-
pesura de su barba negra alcanza a dier-
nirse en las facciones la complacencia y el
contento. Pero necesita interrogarlas una
a una, conocer sus familias, la casa donde
viven, mil pormenores que parecen entrete-
nerlo y agrandarle, y que ocupan una ho-
ra de tiempo, mantienen la expectación y
la esperanza. Al fin les dice con la mayor
bondad: ¡No oyen Vdes. esas descargas?
Ya no hay tiempo! los han fusilado! Un
grito de horror sale de entre aquel coro de
añejes, que se escapa como bandada de
palomas perseguidas por el alcañ. Los ha-
bían fusilado en efecto! Pero cómo! Treinta
y tres oficiales de coronales abajo, for-
mados en la plaza, desnudos enteramente
reciben parados la descarga mortal. Dos
hermanitos hijos de una distinguida familia

Por lo que respecta a la Provincia de
Buenos Ayres, su acción se ejercía de otro
modo.

Bajo su mano tenía organizada una so-
ciedad de asesinos oficiales, cuya misión
era mantener los puñales ensangrentados
sobre la cabeza de los ciudadanos y a una
señal, a un gesto suyo violar el hogar do-
méstico, arrastrar a sus víctimas por los
cabellos, degollarlas en medio de la calle,
y dejar tirado su cadáver, sin que nadie se
atrevisiera a recogerlo, ni a vestir luto, ni a
preguntar la causa de aquella atroz ejecu-
ción.

Esto para la ciudad.

Para la campaña tenía a los Jueces de
Paz y el Comandante Militar, especies de
proconules, investidos con la alta delega-
ción del poder omnimodo y que a imita-
ción del amo a que servían podían dispo-
ner de la vida y de la fortuna del ciu-
dadano, robar, azotar y matar a su an-
tojo, sin que nadie ni el mismo Rosas les
pidiese cuenta, cuando la víctima era un
enemigo, colocado fuera de la ley común,
ni mas ni menos que si se tratase de un
perro.

Esto era para la campaña.

Para comprimir a los ejércitos tenía otra
máquina.

Los campamentos militares, teatro de
ejecuciones diarias, en que se daban azo-
tes por millones y en que se cortaban cabe-
zas por centenares, unas veces por orden
de Rosas, y otras de modo propio del Gefé
del Campamento.

De uno de estos campamentos, del de
mas ligübra recuerdo, era Gefé D. Anto-
nino Reyes.

Para haber llegado a ocupar tan alto
puesto en los grados del trono sangriento
de la tiranía, era necesario que D. Anto-
nino Reyes, hubiese dado pruebas posi-
tivas de ser uno de esos fanáticos de
partido, a quienes el terror había inculcado el
entusiasmo del crimen, ese entusiasmo sal-
vaje que ha producido tantos verdugos, y
que ha bañado en sangre la República Ar-
gentina.

Se ve, pues, que la tiranía de Rosas es-
ta compartida, y que el sistema de ter-
ror que lo servía de base, después de ser el
producto de la asociación de muchas volun-
tades reunidas por un sentimiento feroz,
se sistematizó y se redujo a práctica, por el
concurso libre y espontáneo de los prohomo-
bres de ese mismo sistema que se constitu-
yeron en instrumentos ciegos de la tiranía
para ejercerla por su cuenta y por cuenta
ajena.

A este número pertenecía D. Antonino
Reyes.

Estos son hechos históricos, y al apre-
ciar a los hombres que en ella figuran, no
hacemos sino escribir una página, de la
historia contemporánea, sin que esto sea
juzgar ni prejuzgar, mucho menos desde
que hemos declarado, que no vemos en
Reyes ni al hombre político, ni al instru-
mento de la tiranía de Rosas, sino al acusado
por crímenes comunes, como va a ver-
se por la aplicación que vamos a hacer de
los antecedentes que acabamos de esta-
blecer.

de Buenos Ayres, se abrazan para morir,
y el cadáver del uno resguarda de las ba-
las al otro. «Yo estoy libre», grita, «me
he salvado por la ley!» Pobre iluso! Cuán-
to hubiera dado por la vida! Al confesarse
había sacado una sortija de la boca donde
para que no se la quitaran hablaba escondido,
encargando al sacerdote devolverla a su
linda prometida, que al recibirla dió en
cambio la razón, que no ha recobrado
hasta hoy, la pobre loca!

Los soldados de caballería enlazan cada
uno un cadáver y los llevan arrastrando al
cementerio, si bien algunos pedazos de
cráneos, un brazo y otros miembros quedan
en la plaza de Tucumán, y sirven de pasto
a los perros. Ah! cuántas glorias arrastra-
das así por el lodo! D. Juan Manuel Rosas
hacia matar del mismo modo y casi al mis-
mo tiempo en San Nicolás de los Arroyos
veinti-ocho oficiales, fuera de ciento y mas
que habían perecido asensuamente. Chaca-
buco, Maipú, Junín, Ayacucho, Ituzaingó!
por qué han sido las laureles una maldi-
ción para todos los que los llevaron!

Si al horror de estas escenas puede aña-
dirse algo, es la suerte que cupo al res-
petable coronel Araya, padre de ocho hijos:
prisionero con tres lanzas en la espalda se
le hizo entrar en Tucumán a pie, desnudo,
desangrándose, y cargado con ocho fu-
siles. Estenuado de fatiga, fué preciso con-
cederle una cama en una casa particular.
A la hora de ejecución en la plaza algunos
tiradores penetran hasta su habitación, y
en la cama lo traspasan a balazos hacién-
dole morir en medio las llamaradas de las
incendias albas.

Rosas fué autorizado para ejercer la su-
ma del poder público, es decir fué autori-
zado para usar—no para abusar—de to-
dos los poderes que la sociedad puede de-
legar, y que para mayor garantía de la li-
bertad se hallan distribuidas en diversas
corporaciones, salvo una parte que siem-
pre retiene la soberanía popular, sin qual
delegación pueda ir mas allá de lo que
es permitido a la misma soberanía, que
tiene por límite la justicia, tomando esta
palabra, no en su acepción legal, sino en la
que le da el derecho natural.

Pero ni el poder público ni la soberanía
popular se ejercen robando y asesinando a
su antojo; ni el abuso puede confundirse
jamás con el uso.

Rosas fué autorizado también para dis-
poner de la vida, de la fama y de la fortuna
del pueblo para rechazar a sus enemigos.

Pero no se dispone de cosas tan sagra-
das degollando en los campamentos y en
las calles, degradando la dignidad humana
y saqueando a la mitad del pueblo para
enriquecer a unos cuantos seides, porque
esto no es aplicarlo al objeto a que se con-
sagraba.

Aunque tales autorizaciones son nulas
de hecho y de derecho, hacemos mención
de ellas para demostrar hasta la última
evidencia, que aun partiendo de ellas los
crímenes comunes de la tiranía de Rosas,
que se refieren al abuso del poder público,
ni están comprendidos en tales autorizacio-
nes, ni pueden excusarse con ellas los au-
tores ni los ejecutores, porque es una hipó-
tesis sacrilega, invocar los principios y las
formas salvadoras de la libertad, para con-
sagrar el dominio de la fuerza bruta, cuya
posesión, según la doctrina de algunos,
daría al asesino colocado en el poder, la
inmunidad del magistrado intérprete de la
ley.

Por Dios no juguemos con cosas tan sa-
gradadas.

Bastante ha desmoralizado la tiranía y
su sistema de sangre y arbitrariedad, a
este infortunado país!

No lo desmoralicemos mas con torpes
sofismas, que invocando las autorizaciones
arrancadas al pueblo, quieren excusar con
ellas los crímenes cometidos por Rosas y
por sus ciegos instrumentos!

Salvemos al menos este principio con-
servador de las sociedades:—De los cri-
menes comunes que cometa un hombre es
responsable personalmente, cualquiera que
sea el puesto que ocupe, cualquiera que sea
su investidura.

Así, pues, según este principio inconen-
so, Rosas es un malhechor común por los
crímenes comunes cometidos por él, no en
el ejercicio, sino en el abuso del poder pú-
blico.

Rosas es también un criminal político,
pero no es del caso este punto, que ya he-
mos examinado detenidamente en un ar-
tículo anterior, por ahora solo nos contra-
remos a considerarlo bajo esta faz, despo-
jándolo de los atributos del dictador, y
viendo en él al criminal común y nada mas.

Si Rosas considerado bajo este punto de
vista es responsable personalmente ante
la justicia ordinaria de sus crímenes comu-

El coronel Barela, el ilustre negro, fué
el único gefe exceptuado de esta carnicería.
Es que Barela era el amo de Córdoba y
Mendoza, en donde los *cívicos* lo idolatra-
ban. Era un instrumento que podía con-
servarse para lo futuro. ¿Quién sabe lo que
mas tarde podrá suceder!

Al día siguiente principia en toda la ciu-
dad una operación que se llama *secuestro*.
Consiste en poner centinelas en las puertas
de todas las tiendas y almacenes, en las
barracas de cueros, en las cartucheros de
zuclas, en los depósitos de tabaco. En to-
das, por que en Tucumán no hay federales
es planta que no ha podido crecer sino des-
pués de tres buenos riegos de sangre que
ha dado al suelo Quiroga, y otro mayor que
los tres juntos que le otorgó Oribe. Ahora
dicen que hay federales que llevan una cin-
ta que lo acredita, en la que está escrito:

¡MUEBAN LOS SALVAJES INMUNDOS UNITARIOS!!

¿Cómo dudarlo un momento! Todas aque-
llas propiedades mobiliarias y los ganados
de la campaña pertenecen de derecho a Fa-
cundo. Doscientos cincuenta carretas con
la dotación de diez y seis bueyes cada una,
se ponen en marcha para Buenos Aires lle-
vando los productos del país. Los efectos
europeos se ponen en un depósito que surto
un barattillo, en el que los comandantes de
sempañan el oficio de barattilleros. Se ven-
de todo y a vil precio. Hay mas todavía;
Facundo en persona vende camisas, en-
aguas de mujeres, vestidos de niño, los des-
pliega, los enseña y ajita ante la muchu-
dumbre: un medio, un real, todo es bueno;

FOLLETTIN.

JUAN FACUNDO QUIROGA.
POR D. D. F. SARMIENTO.

(Empieza en el núm. 80.)

Las lianas y moreras festonan, erredan y
enfunden todas estas diversas jeneracio-
nes de plantas.

Sobre toda esta vegetación que agotaría
paleta fantástica en combinaciones y ri-
za de colorido, revolotean enjambres de
ariposas doradas, esmaltados picaflores,
billones de loros color de esmeralda, ur-
cas azules, y tucanes naranjados. El es-
cárito de estas aves vocingleras os aturde
del día, cual si fuera el ruido de una
mora catarata.

El Mayor Andrews, un viajero inglés
de dedicado muchas páginas a la des-
cripción de tantas maravillas, cuenta que
la por las mañanas a estasiarse en la
contemplación de aquella soberbia y bri-
lante vegetación; que penetraba en los bos-
ques aromáticos, y delirando, arrebatado
por la enajenación

